

ESTEBAN ECHEVERRÍA Y EL ROMANTICISMO EUROPEO

ALFREDO A. ROGGIANO

La relación de Esteban Echeverría con el romanticismo europeo ha sido objeto de múltiples estudios y especulaciones por parte de la crítica argentina,¹ pero cuál es su vinculación precisa (lo que acepta, lo que rechaza y lo que adapta) exige todavía mayores investigaciones. En este trabajo vamos a ofrecer una aplicación de ideas que hemos expuesto en otro titulado "Proposiciones para una revisión del romanticismo argentino."² En síntesis esas proposiciones son:

(a) El romanticismo significó para la Argentina, más que para cualquier otro país hispanoamericano, un cuerpo de doctrina sobre el cual apoyar la ruptura total con la herencia cultural española y fundar, con sentido crítico independiente (en lo que fuera posible), una plataforma ideológico-estética basada en ideas dominantes en la Europa moderna. Esto significaba poner a la Argentina en un necesario plano de contemporaneidad universal y abrir una vía en busca del liberalismo social, que por entonces era el de una libertad organizada según modelos e intereses que regían en las estructuras derivadas del industrialismo triunfante con el "free trade" y la burguesía tecnocrática. Recuérdese que Echeverría llevó el romanticismo al Plata sin pasar por España y que en esa parte de los dominios españoles la falta de altas culturas indígenas y de bienes materiales de aprovechamiento inmediato, no sólo contribuyó al menor arraigo de las instituciones metropolitanas y a la falta de una sólida y rígida burguesía criolla, sino que hizo más factible todo intento de cambio, casi a partir de cero, o por lo menos, desde el caos al orden.

(b) El romanticismo europeo debe ser considerado, más que como un movimiento literario, como un vasto plan ideológico de la Europa moderna por quebrantar un sistema único y total, para fragmentarlo en lo múltiple e individualizante y asegurar por ese medio la liberación del hombre y el autodeterminismo de pueblos y naciones. El plan, desde luego, comprendía la expansión al Nuevo Mundo, tanto en términos de revolución como de conquista, a la vez económico-político-social y cultural.

(c) En la mayoría de los ex-*virreinos* que acababan de romper con España el romanticismo o fue absorbido por el criollismo, resultado de la fusión de lo español con lo indígena (triunfo del mestizaje, como en México y Perú, por ejemplo), o fue un ingrediente más en la secuela de influencias, como en Colombia, pongamos por caso. En el Río de la Plata, por obra del grupo que formó lo que se reconoce como *generación del 37* —llamada por Echeverría con reiterado énfasis la *nueva generación*—el romanticismo sufrió una transformación casi absoluta. Aun más: en algunos aspectos (y yo diría los fundamentales) llegó a proponer, y, por tanto, a significar, lo opuesto a lo que había sido en Europa, y, más específicamente, en Francia (París era ya centro receptor, transformador y de difusión

mundial). Por ejemplo, la negación de la cultura por ser corruptora de la nativa bondad de la condición humana, tesis favorita de Rousseau, se invierte, en su sentido y sus fines, al ser manejada por Echeverría y sus principales sucesores: Alberdi, Gutiérrez, Sarmiento. Para éstos, la incultura es la barbarie de la pampa, a la que hay que relevar de ese mal y llenarla con los bienes de la civilización y el progreso. Desde esta posición de re-evaluación de la cultura, todo lo que en Europa (a través de Francia) era rechazado por el idealismo romántico, es aplicado por Echeverría en función positiva: el individualismo no se exalta por rechazar lo social, sino que, por el contrario, funda la sociabilidad, base del derecho, la justicia, la libertad, el orden y el progreso. El yo no choca con el medio para rechazarlo y evadirse en el tiempo y el espacio, sino que se comunica para una comprensión, ajuste y comunión con la naturaleza y sus manifestaciones propias, en procura de una unidad entre el hombre y el mundo, lo subjetivo y lo objetivo. El desorden, el caos propiciado por el romanticismo europeo sufre en Echeverría su más serio revés, hasta el punto de designar con la palabra *dogma* (una de las menos apetecidas por los románticos) su máximo plan de organización del país, expuesto en su obra más sólidamente vertebrada: *El Dogma socialista*. Y, en fin, hasta cierta democracia populachera y demagógica, coadyuvante en la exaltación de caudillos, dictadores y tiranías, que tanto contribuyó al desprestigio político-social del romanticismo, es atacada por Echeverría y sus sucesores con un sistema educativo que fundamente una verdadera democracia representativa. La indolencia, el abandono, la angustia, la desesperación, la *noia*, el *mal du siècle*, la *Zehnsucht* y la *Weltschmerz* de los románticos de allende el Atlántico, si bien dieron pie a ciertos desahogos líricos de *Los consuelos*, no tuvieron cabida en el funcionamiento del vasto plan constructor de Echeverría y sus seguidores. Porque los románticos argentinos—que lo fueron a medias y un poco menos—debieron ser, ante todo, agentes de una necesidad constructiva, que los puso de inmediato ante un presente de lucha y corrección organizadora. No era cuestión de dedicarse a cantar las *ondas cristalinas* de un lago que besan los pies de la amada (por lo demás, ya muerta), como en Lamartine, lamentarse en la desesperanza de un presente irremediable, irse a buscar un oriente exótico o ponerse a jugar a la santidad y el heroísmo con los ideales de la Edad Media. No, el país estaba ahí, bajo las garras de Rosas, la barbarie convertida en sistema, como dice Sarmiento en su *Facundo*, y urgía el ataque a esa inorgánica estructura, aniquilarla, sustituirla por otro sistema, el mejor de que hasta allí se tuviera noticia. No era un plan lírico, ni menos literario, aunque esto último vino en su momento como parte de una acción planeada como totalidad. Totalidad que no fue ilusoria abstracción,

como ocurrió con el ambicioso intento del despotismo ilustrado de Rivadavia, sino adaptación al medio, visión concreta que individualiza y da vida propia y con categoría de nación diferente—*nueva*, como quería nuestro prócer—a la naciente república separada del Imperio español.

Y bien, ¿cómo Esteban Echeverría se propone realizar su cometido? Ante todo, con una actitud de disidencia, de ruptura (aprovechando una *trovata geniale* de Octavio Paz, diría que con Echeverría se inicia en Argentina la *tradición de la ruptura*). La disidencia empieza por una lectura profunda de la ideología romántica europea, durante su estancia en París entre 1825 y 1830, que le permite decidirse por el historicismo alemán y combinarlo con lo que la Ilustración tenía de educación positiva. La ruptura, en consecuencia, lo fue tanto con relación al romanticismo de la melancolía, el ensueño, el renunciamiento y la morbilidad de la voluntad que niega la acción, cuanto en lo que se refiere a los modos de pensar y actuar de cierto sector de la *intelligentsia* rioplatense del momento rivadaviano, causa fundamental—según la denuncia de nuestro autor—del fracaso de los ideales de Mayo. Digamos ya, en forma categórica, que Echeverría no eligió la línea que Albert Beguin ha historiado bajo el título de *Le romantisme et le rêve*, sueño de poesía absoluta, como ontología del ser, que se da en Arnim, Jean Paul, Novalis, Holderlin, se continúa con Nerval, Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Lautréamont y concluye con el utópico *cambiar la vida y transformar el mundo*, contubernio de Rimbaud y el marxismo, de los surrealistas. Echeverría aprovecha otra vía, la que Roger Picard llama *romanticismo social*, que considera al poeta, no como un maldito o réprobo, sino como un conductor de pueblos y totalmente incorporado al proceso vivo de las transformaciones del mundo y de la vida. O sea, el hombre dentro del proceso histórico, con su acción en ese proceso, al cual determina, como se anuncia en Herder, en Vico, en Savigny, y como se lo vio desempeñar en la *batalla de Herni* y en las campañas de la prensa francesa³ hasta la revolución del 48.

Echeverría es la figura central de la generación del 37, generación que se erige como continuadora de la Revolución de 1810, en cierto modo traicionada durante la *crisis del año veinte* por el iluminismo a lo Rivadavia, en quien se concitan la ideología francesa, derivada de la filosofía de la Ilustración, y el empirismo racionalista del pensamiento inglés. La lucha entre Inglaterra y Francia por el dominio del ex-virreinato del Río de la Plata duró años y se expresó políticamente en facciones como la de los federales de Rosas y los caudillos, y la de los unitarios, presentados en la novela *Amalia* y en *El Matadero* como modelo de una Argentina culta, liberal, progresiva, decente, pero—como dice Echeverría—aferrados a las teorías sociales de la Restauración en Francia.

Echeverría reconoce que los unitarios dejaron un buen saldo en favor del progreso, sobre todo por su confianza en la razón legisladora; pero su tendencia a la universalización (o más bien abstracción), su anti-historicismo y su descuido de la particularidad, más bien que evitar el advenimiento de la barbarie rosista, lo precipitaron. En

la *Ojeada* dice Echeverría:

No bastaba reconocer y reclamar ciertos principios, era preciso aplicarlos a buscar con la luz de su criterio la solución de las principales cuestiones prácticas que envolvía la organización futura del país; sin esto toda nuestra labor era aérea, porque la piedra de toque de las doctrinas sociales es la aplicación práctica.

El punto de arranque... para el deslinde de estas cuestiones deben ser nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social; determinar primero lo que somos, y aplicando los principios, buscar lo que debemos ser, hasta qué punto debemos gradualmente encaminarnos. Mostrar enseguida la práctica de las naciones cultas cuyo estado social sea más análogo al nuestro, y confrontar siempre los hechos con la teoría o la doctrina de los publicistas más adelantados. No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad.

Limitación y prudencia, estudio y sentido práctico que debe evitar una forma de república en donde el voto universal, por ahora, sólo sirve para falsear la verdadera democracia.

Los estudiosos de Echeverría han registrado hasta el mínimo detalle las lecturas que informan su doctrina, desde Montesquieu y Destutt de Tracy, como resabios de la Ilustración, Cousin y Lermínier, como renovadores de la filosofía de las luces, y Joseph de Maitre, Louis de Bonald, Léroux, Lamennais, el conde Saint-Simon y Fourier, pensadores que dan al historicismo alemán un acento político y sociológico de intenciones prácticas, según las necesidades impuestas por el estado de pesimismo y desilusión dejado por la Revolución Francesa y el gobierno de Napoleón. Pero Echeverría⁴ no se somete a ninguno de ellos; más bien se libera de todos y hasta parece que oímos en él repercusiones de aquella *santa furia* del Padre Castañeda (como la calificó Arturo Capdevila) cuando increpa a los responsables del destino nacional con cuestiones como éstas: “¿Cómo vamos a pensar en tener una conciencia nacional si no pensamos en ser lo que somos?” que recuerda la sentencia de San Martín: “Serás lo que deberás ser, o no serás nada.” También Castañeda combate en los periódicos a los políticos que “miran a todas partes, menos el suelo que pisan.” Para él, como para Echeverría, como para José Hernández, lo importante es mirar hacia las particularidades históricas y sociales, las modalidades locales, las costumbres; en fin, como quería Herder, a *las voces de los pueblos*. Echeverría llega a juzgar las construcciones políticas de los unitarios como “verdadera fantasmagoría, que ha sombreado con tintas demasiado horribles los desastres que de ella nacieron...” Y hasta propone que se *unitaricen* los federales y se *federalicen* los unitarios, con la depuración necesaria para que la *generación nueva* emprenda su camino claro, limpio, justo, dentro del orden y las proporciones de una vida adecuada a sus límites. “Ser grande en política,” reflexiona, “no es estar a la altura de la civilización del mundo, sino a la altura de las necesidades de su país.” Lástima que Echeverría no fue escuchado...

De acuerdo con lo expuesto, es justo entonces reconocer

que lo que diferencia a Echeverría de otros argentinos es su sentido histórico y la asunción de la responsabilidad del momento, que le ha valido el título de "Herder argentino," dado por Coriolano Alberini.⁵ Pero Echeverría tampoco sigue al pie de la letra las ideas de Herder, tan fecundas para la renovación europea, pero no tanto para la creación de un nuevo orden en medio del desierto. El citado Alberini y Raúl Orgaz⁶ han hecho las necesarias precisiones en este punto, y a ellos me remito. Lo que me importa destacar es la modificación historicista de la idea de progreso. Para los iluministas el progreso era acumulativo, se entendía en términos de cantidad y extensión (se ve en Rivadavia) para el historicismo el progreso es selectivo-evolutivo y era aplicable al cambio de los pueblos como libre voluntad adquisitiva y transformadora, fundamento de una sociabilidad estable y sin desequilibrios. Sobre esta idea trabajaron, a su modo, Lermínier, Léroux, Fourier, Tocqueville y todos los pensadores socialistas franceses anteriores al 48, incluyendo al utópico conde de Saint-Simon. Además, la hizo suya el Mazzini de la Joven Italia, a quien cita expresamente Echeverría. Como mentor de los destinos del país, el autor de "La cautiva" debió ser más bien un espíritu de orientación centrista, ecléctico, selectivo al modo platónico, pero bien afinado a la tierra y al hombre que la hace producir. No fue un mero adaptador, sino un organizador que crea lo que es necesario para un funcionamiento adecuado y útil. Lo que está sirve de base a lo que ha de ser, y lo que viene no ha de sofocar, sino auspiciar, lo que ya tenemos. Por eso el gaucho no quedó fuera de su sistema, como en Sarmiento, por ejemplo. Este sentido histórico-sociológico rige el *Dogma socialista*, en un credo que desarrolla las siguientes quince "palabras simbólicas": (1) Asociación; (2) Progreso; (3) Fraternidad; (4) Igualdad; (5) Libertad; (6) Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa: el cristianismo, su ley; (7) El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social; (8) Adopción de todas las glorias legítimas, tanto individuales como colectivas de la revolución; menosprecio de toda reputación usurpada e ilegítima; (9) Continuación de las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo; (10) Independencia de las tradiciones retrógradas que nos

subordinan al antiguo régimen; (11) Emancipación del espíritu americano; (12) Organización de la Patria sobre la base democrática; (13) Confraternidad de principios; (14) Fusión de todas las doctrinas progresivas en un centro unitario; (15) Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución.

No puedo ahora, porque el tiempo se me va, dar, aunque más no sea una síntesis, de la posición de Echeverría en lo político, social, económico, religioso y cultural. Empero, de todo ello se *hace* una noción de cultura general, que es la que da fundamento a sus ideas literarias y artísticas. He sintetizado estas últimas en mi trabajo citado al principio. Son las siguientes:

(a) El arte, la literatura, no es un desahogo del sentir individual, sino que tiene un interés y una visión más general y humana: la consecución de una realidad especial de vida y cultura.

(b) El arte (la poesía) no miente ni exagera, sino que refleja o levanta orgánicamente la realidad (tal o cual realidad en la que se afirma), en lo que es posible.

(c) El arte, la literatura, consiste principalmente en ideas, y el poeta, cuando lo es de verdad, idealiza, para transformar y sustituir la tosca realidad de la naturaleza por la del espíritu (que es la cultura).

(d) La forma está asida al pensamiento, nace con él y le da expresión y permanencia.

(e) La literatura debe reflejar la naturaleza física y moral de los pueblos.

(f) La novedad está en lo nuevo de la materia que levanta y cómo el poeta la canta. No confundamos los términos: no hay forma sin materia, pero ésta debe ser ejecutada, en el doble sentido de asesinada, y re-construida, por la forma.

(g) Arte y vida son inseparables en la acción y la contemplación, las vicisitudes y el goce. Actuar es vivir y vivir es hacer, organizar, crear.

Echeverría fue el primer escritor original de la América independiente. Usó los principios generales del romanticismo europeo, pero para liberarse de él, de Europa. Con las esencias del romanticismo—esencias de época—originó y dio la doctrina y la praxis del romanticismo de América.

University of Pittsburgh

¹ La bibliografía sobre Esteban Echeverría es por demás abundante y desigual. Véase Natalio Kisnerman, *Contribución a la Bibliografía sobre Esteban Echeverría (1805-1970)*, núm. 9 de las *Guías bibliográficas* publicadas por el Instituto de Literatura Argentina "Ricardo Rojas" de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires, 1971). Para lo que concierne a nuestro tema son fundamentales: Rafael Alberto Arrieta, "Contribución al estudio de Esteban Echeverría," *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 9, núm. 35 (julio-septiembre 1941), 437-72; también de Arrieta, "El París literario de Esteban Echeverría," en la revista *Logos*, de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Año 1, núm. 1; del mismo autor, "Esteban Echeverría y el romanticismo en el Plata," en *Historia de la literatura argentina* (Buenos Aires: Peuser, 1958), II, pp. 19-111; Paul Groussac, "Echeverría y la Asociación de Mayo," en *Crítica literaria* (Buenos Aires: Jesús Menéndez, 1924), pp. 279-320; Noé Jitrik, *Echeverría y la realidad nacional en Capítulo*, núm. 9 (Buenos Aires, octubre 1967); Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (Buenos Aires: Editorial Claridad, 1936); Roger Pierre Labrousse, "Echeverría y la filosofía política de la ilustración," *Sur*, núm. 219-20 (enero-febrero 1953), 79-92; Tulio Halperin Donghi, *El pensamiento de Echeverría* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1951) y Juan Mantovani, "Echeverría y

la doctrina de la educación popular," *Cursos y conferencias*, núm. 229-31, (abril-junio 1951), ampliado y en volumen con el mismo título (Buenos Aires: Editorial Perrot, 1957).

² Alfredo Roggiano, "Proposiciones para una revisión del romanticismo argentino," *Revista Iberoamericana*, núm. 90 (enero-marzo, 1975), 69-77.

³ Muy bien documentadas en: Skerlitch, *L'Opinion publique en France d'après la poésie politique et sociale de 1830 à 1848* (Paris, 1907) y en Ziessing, *Le Globe de 1824 à 1830, considéré dans ses rapports avec l'école romantique* (Paris, 1881).

⁴ En una nota al pie de página nos alerta Echeverría de que en la *Democracia Política*, periódico redactado por M. V. Considerant, discípulo de Fourier, se publica en 1843 un manifiesto de fe política y un plan de acción que coincide con el que presentó en 1837 y forma el cuerpo doctrinario del *Dogma socialista*.

⁵ Coriolano Alberini, *Problemas de la historia de las ideas argentinas* (Universidad Nacional de La Plata, 1966).

⁶ Raúl Orgaz, *Las ideas sociales de Echeverría* (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 1912).